

EL CUERPO EN GRODDECK: LOS SÍMBOLOS DEL ALMA.

Giovanni Iannuzzo.

Genio ingobernable, un hombre de ciencia y, a su manera, un filósofo: este es un sintético retrato de George Walther Groddeck, uno de los personajes más originales, perturbadores y auténticos de la historia de la medicina moderna y la psiquiatría dinámica. De hecho, decir que Groddeck era un psiquiatra es un tanto restrictivo, y probablemente esto sonaría a sus propios oídos como una devaluación. El, fue, de hecho, un médico en el sentido más genuino del término. Era consciente de los límites racionales de la medicina, fue un sanador y, al mismo tiempo, un teórico sutil. Pero fue sobre todo un médico sensible a los problemas planteados por la enfermedad y el sufrimiento. Que él haya “inventado” su propio método de tratamiento basado en los descubrimientos del psicoanálisis, que haya adoptado técnicas terapéuticas psicológicas, que finalmente haya fundado una verdadera psicoterapia del cuerpo, son hechos que parecen completamente incidentales en su historia biográfica. Una historia que no puede dejar de intrigar por sus características de desprejuiciada originalidad y absoluto anticonformismo. No es sorprendente que en la historia de la medicina y la psiquiatría su nombre haya sido olvidado casi por completo. Groddeck, fue de hecho, un personaje incómodo, que no se recuerda fácil ni agradablemente. Y, sin embargo, hoy, en un momento histórico que ve el reconocimiento de la “psicosomática” como una disciplina autónoma e independiente, con sus propios modelos y métodos terapéuticos, recordar su trabajo equivale a rastrear el perfil biográfico de uno de sus indiscutibles pioneros.

George Walther Groddeck era de alguna manera “hijo de su arte”; su padre era médico y educó a su hijo (cuarto y último, nacido en 1866) de acuerdo con los parámetros educativos prusianos, enviándolo a recibir la educación necesaria en el colegio de Pforte, en Sajonia, conocido tanto por la calidad como por el rigor de la enseñanza. Es probable que Groddeck no haya valorado esta última característica, revelando muy pronto cierto carácter intolerante, siempre con una originalidad a menudo inescrupulosa que lo había caracterizado a lo largo de su vida. Unos problemas económicos gravísimos, obligó a la familia a mudarse a Berlín, y el joven George se unió a ella, después de completar sus estudios en la universidad, luego se matriculó en medicina en 1885, poco después de la muerte de su padre. Una vez graduado (mientras tanto, su madre murió), se convirtió en oficial médico y durante ocho años se desempeñó como oficial médico sirviendo a su país. Sin embargo, incluso entonces, era muy poco ortodoxo en sus elecciones profesionales, siendo un ferviente admirador de Ernst Schweninger, médico personal del Canciller de Hierro, Otto Bismark.

Schweninger estaba convencido de que la terapia ideal debería ser natural, basada en dietas y masajes, siguiendo una tradición común a la antigua tradición médica occidental y oriental. Groddeck, igualmente estaba tan convencido de aquello, que dejó el ejército en 1897 (con una sensación de profunda insatisfacción) y se mudó a Baden-Baden para dirigir una clínica en la cual Schweninger, quien era el propietario, aplicaba sus métodos heterodoxos de tratamiento. Esta colaboración con su mentor duró tres años, hasta que posteriormente se independizó y se dedicó al libre ejercicio de la profesión. Más tarde, él mismo fundó una clínica, en la que aplicaba los métodos de Schweninger. Si bien esto no es nada de original, especialmente si se considera su inmenso sentido de innovación que siempre pareció ser su numen inspirador, él ya mostraba una característica que se reflejaría en su actividad posterior, a saber, una viva propensión hacia la literatura y la poesía. Por ende, no es casualidad que sus primeras publicaciones no tuvieran nada que ver con la ciencia, en ningún sentido: novelas, colecciones de versos, incluso un ensayo crítico sobre el teatro de Ibsen. Sin embargo, en esta vocación, Groddeck ya mostraba un rasgo característico de su pensamiento que

se mantuvo a años luz de la filosofía científica que prevalecía en ese momento. Era de hecho un romántico (y siempre se mantuvo así) difusamente convencido de la importancia sustancial del mundo irracional que domina al ser humano y que condiciona las elecciones, antipositivista por definición, tendencialmente místico. Aspectos estos en los que ya difería de quien se convertiría para él en un venerado y venerable profesor de pensamiento, Sigmund Freud, cuyo trabajo estaba comenzando a imponerse en la escena médica y psicológica internacional.

Con Freud compartía la preparación literaria, la predisposición a la filosofía, pero nada más. Así como de positivista era Freud (“el biólogo del inconsciente”, como se lo ha definido), tan irracional y fuera de cualquier esquema de referencia científica era Groddeck. En cualquier caso, ninguno de los pioneros de la psicología dinámica compartió su audacia al tratar con problemas manifiestamente heréticos; Groddeck tenía sus propias ideas, una originalidad a veces extraña y provocativa. Sus concepciones doctrinales de ese primer período de actividad clínica se resumen en su primer trabajo científico, aunque este adjetivo es difícil de aplicar a todo su trabajo, en el sentido estricto del término. Es un libro dedicado a las ideas y el trabajo de Schweninger, del título de *Nasamecu*, de las letras iniciales de las palabras en latín *Natura Sanat, Medicus Curat*, un título con un estilo “Groddeck”. En el libro, expone con cierta candidez lo que podría llamarse su teoría acerca de la ignorancia médica. El médico, para Groddeck, sabe poco y lo que sabe es tan incompleto que es absolutamente inútil para un proyecto terapéutico. Por lo tanto, él debe evitar dejarse llevar por una “furia terapéutica” inútil, pero debe actuar con su mera presencia. Pues ella, puede despertar en los enfermos las fuerzas curativas de la naturaleza, invocándolas en cada organismo, ya que se activan cuando reciben el apoyo adecuado. En resumen, es la naturaleza la que puede curar, y el médico debe guardar silencio frente a ella.

Está claro que estas teorías, aunque extremadamente similares a la antigua tradición médica tanto occidental como oriental, ya estaban en sí mismas en las antípodas de la medicina moderna. Se vivía un período de extraordinario progreso en el diagnóstico de una infinidad de enfermedades. Pasteur ya había abierto el camino al estudio de lo infinitamente pequeño como causa de enfermedad, y Virchow había establecido unos principios axiomáticos obligatorios que inauguraban uno de los paradigmas que dominarían la medicina durante años: la estrecha correlación entre causa y efecto en la patología, la causa mecánica y la concepción materialista del vínculo entre salud, enfermedad y curación. El médico, para esta filosofía, era necesariamente activo, no pasivo, como sugería Groddeck: su función era perfectamente adecuada a la filosofía positivista prevaleciente. Groddeck, en ese momento, había girado en una dirección diametralmente opuesta.

GRODDECK, FREUD Y EL PSICOANALIS.

El punto de inflexión decisivo en la carrera científica de Groddeck tuvo lugar después de 1909. Según lo que él mismo contó en un libro que se considera, con razón, su obra maestra (*El libro del Ello*), atravesó un período de profunda crisis. Constantemente inquieto, siempre buscando algo que realmente lo gratificara, se dio cuenta de que estaba profundamente insatisfecho con su profesión. “Me sentía envejecido”, escribe, “los hombres y las mujeres ya no despertaban ningún interés en mí, estaba cansado y disgustado con las cosas que antes amaba y, sobre todo, estaba cansado de mi profesión de médico y la practicaba solo para ganar dinero”.

Fue en ese momento que, atraído por su reputación como médico sanador, acudió a él una mujer gravemente enferma, que ya se había sometido a dos cirugías. No sabemos qué era la enfermedad, pero Groddeck enfatiza que no se trataba de trastornos psíquicos, sino de problemas orgánicos. Ella permaneció como paciente de Groddeck durante 14 años, y ellos tuvieron una relación muy extraña, casi mágica. Groddeck, quien hasta entonces había utilizado muchísima sugestión, intentando, como él mismo dice, cambiar la actitud e influir en la personalidad del paciente para que se sometiera a su voluntad terapéutica, se dio cuenta de que entre él y la paciente esta vez se creaba una relación totalmente diferente: eran las actitudes de ella las que influían en él, las que luego intentaba inconscientemente modificar para poder brindarle inconscientemente alivio, tanto físico como psicológico. También descubrió que la paciente describía su mundo, su cuerpo, sus desórdenes a través de símbolos, y alusiones de metáforas, que encubrían un profundo significado, desafiándolo casi a interpretarlo. A menudo, en este intento de interpretación, luchaba contra una actitud hostil y coercitiva de

la mujer, que se oponía a que se le explicara el significado de los símbolos que usaba.

Cuando lograba superar estas barreras psicológicas, los síntomas orgánicos mejoraban. Intuitivamente, Groddeck había descubierto la transferencia, las resistencias y los mecanismos de simbolización. Al mismo tiempo, y al hacer esto, había descubierto la psicopatología. La mente, con sus multiformes expresiones podía influir en el cuerpo, determinar la enfermedad, decretar la curación. En el fondo algo que siempre había brillantemente adivinado.

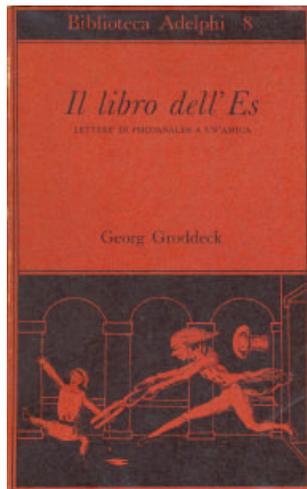


George Walther Groddeck [foto 1]

Groddeck, en suma, había fundado, independientemente de cualquier otro, su propio “psicoanálisis del cuerpo”, paralelamente al “psicoanálisis de la mente” creado por Sigmund Freud. En su clínica privada en Baden-Baden, integrando estas nuevas ideas con las heredadas de Schweninger, dirigía su actividad terapéutica. Una actividad, por decir lo menos, extraña: usaba dietas y masajes, aunque también su psicoanálisis, su interpretación de los símbolos inconscientes del paciente que se expresaban a través del cuerpo. Esta práctica también consideraba en parte infligir algo de dolor (psíquico) al paciente: de la reacción de defensa contra el dolor, surgía en el paciente la voluntad de curarse. Era una cierta forma de despertar, en resumen, las fuerzas curativas del organismo que dormitaban en cada paciente. Al mismo tiempo, el dolor causado mediante sus indagaciones simbólicas también podía darle indicios para llevar adelante el tratamiento.

A la base de su teoría estaba la convicción, totalmente empírica, de que el inconsciente tenía bases sólidas en lo orgánico: “... me encontré por casualidad con la idea -escribe- de que, además de lo inconsciente del pensamiento cerebral, existe de un modo análogo, un inconsciente de otros órganos, de las células, tejidos y demás, y que gracias a la conexión íntima entre estas unidades inconscientes únicas y el organismo, se puede ejercer una influencia saludable sobre las unidades individuales a través del análisis del inconsciente cerebral”. En resumen, una “mente central” coordina la actividad de tantas mentes reducidas a su materia, por lo que podría existir una mente del corazón, una mente del estómago, una mente del riñón, y cada una con su propio psiquismo estrictamente interconectado con lo central. Cada enfermedad del órgano expresa una inquietud psíquica que, simbolizada, ya no podría traducirse en términos conscientes.

Es como si, en resumen, se creara un “cortocircuito” entre el cerebro y el órgano que solo podría repararse interpretando el mensaje simbólico que el órgano enfermo expresaba con la enfermedad, reintegrándolo así a la vida emocional del paciente.



**El libro del id, la obra más conocida universalmente
de G. W. Groddeck, en la edición italiana. [foto 2]**

Su aproximación psíquica de las enfermedades orgánicas no le impidió ser cáustico hacia el psicoanálisis, al que dirigió algunas críticas vibrantes en su *Nasamecu*. Posteriormente, la lectura de *La psicopatología de la vida cotidiana* y *La interpretación de los sueños* de Freud lo convirtió al psicoanálisis. “Estos libros -escribe- tuvieron un efecto tan perturbador en mí que, aunque era consciente de privarme de un extraordinario enriquecimiento de mi conocimiento y de mi vida, no leí ni uno ni otro a fondo”. Luego, ya decidido a leerlos, no le quedaba nada más que hacer que escribirle personalmente a Freud.



**La historia de August Müller, en la única “novela.
psicoanalítica” de G. W. Groddeck [foto 3]**

Esto sucedió en 1917, e inauguró una relación de trabajo y amistad que tiene un carácter de singularidad absoluta en la misma historia biográfica de Freud. Sin que Groddeck haya llevado a cabo ningún *entrenamiento* (se autodenominó “salvaje”), Freud no tuvo problemas en considerarlo uno de sus seguidores y, además, entre los más fieles y ortodoxos. El fundador del psicoanálisis ciertamente lo consideraba un erudito brillante, y estaba fascinado por la profundidad de su pensamiento y por la altura de sus intuiciones, desde el principio. En la primera carta de la rica correspondencia de ambos, Groddeck le preguntó a Freud cómo podía considerar su posición anómala en el movimiento psicoanalítico.

“Le haría un gran favor”, dice Freud, “si lo rechazara de mí, hacia donde están Adler, Jung y otros. Pero no puedo hacerlo, debo reclamarlo a Ud., debo decir que es un analista espléndido, que ha captado irrevocablemente la sustancia del asunto”.

De alguna manera, Freud había delegado a Groddeck aquello que el mismo había desaconsejado al movimiento psicoanalítico, que el tratamiento de las enfermedades orgánicas, era demasiado difícil e incierto. Groddeck, de una manera bastante espontánea, se había embarcado en este camino lleno de dificultades.

Groddeck, por su parte, veneraba inconscientemente en Freud a un profesor, fundador de una teoría del inconsciente y de un tratamiento que estaba muy en el centro de su actividad clínica.

EL ELLO Y EL CUERPO.

Sin embargo, la teoría de Groddeck era bastante diferente de la de Freud. Para Groddeck, a la base de la vida y de todas sus manifestaciones, había una entidad misteriosa, que él llama Ello. El Ello es impersonal, amoral, ateleológico en un sentido mecanicista. Incluso sus límites no son los del cuerpo, aún si su influencia se extiende ampliamente a los procesos orgánicos. El hombre es “vivido” por esta fuerza ciega, impersonal y absurda, que se manifiesta como una fuente energética infinita, en la que los impulsos, sobre todo, los agresivos y sexuales se encuentran, en un equilibrio tal que cada impulso también se corresponde a su opuesto. El Ello gobierna tanto la vida psíquica como la orgánica.

“El Ello -escribe- guarda una curiosa relación con la sexualidad, con el Eros, o como quiera que se le llame, moldea la nariz y la mano del hombre así como igualmente moldea sus pensamientos y sentimientos, y se expresa a sí mismo, en forma de neumonía o cáncer, no menos de como que se puede expresar en la forma de una neurosis obsesiva o una histeria; y así como la actividad del Ello que se presenta en forma de histeria o neurosis es objeto del tratamiento psicoanalítico, lo es también aquella que se manifiesta en forma de un defecto cardíaco o de cáncer”. La vida psíquica y física para Groddeck son sólo *formas* en las que el Ello puede manifestarse.

Nunca planteó el problema de verificar las bases científicas de su teoría, pero sostuvo que no importaba. La función de la medicina, un arte eminentemente práctico, debiera ser solo aquella que constata clínicamente los efectos de una comprensión de los mensajes del Ello sobre la enfermedad. En otras palabras, se tenía que estimular al Ello para actuar. “Porque el verdadero veredicto de la curación y la enfermedad no lo damos los médicos: eso es confiado sólo a las manos del Ello, de lo inconsciente”.



Na.sa.me.cu., el texto teórico fundamental de un Groddeck pre-psicoanalista. [foto 4]

Freud estaba fascinado por esta teoría, tanto como para tomar prestado el término Ello de Groddeck, reconociéndole la paternidad de la definición al extraño médico alemán. Pero seguía manteniéndose cauteloso y un poco perplejo frente a ciertas extrapolaciones demasiado audaces.

Pero igualmente lo hizo, puesto que las nuevas ideas sobre el “psicoanálisis del cuerpo” “comenzaba a circular en el entorno del psicoanálisis. Y en este sentido dio muestra de valor e inconformidad, como cuando decidió publicar el *Escrutador de almas*, una obra de su exuberante amigo, Se trata de una “novela psicoanalítica” cuyo protagonista, August Müller, se encuentra en ciertas situaciones, debido a una serie de circunstancias increíbles (desde una invasión de chinches hasta la fiebre escarlatina) para descubrir empíricamente la existencia del Ello y convertirse de alguna manera irracional, provocando su encarnación,

de convertirse en el desatado *Thomas Weltlein*, en la búsqueda constante del disfrute absoluto y de la liberación total. Huelga decir que en esta búsqueda es el Ello la que la mueve, aquello que vive en cada hombre que “vive” al hombre. La novela, a la cual, por supuesto, no le faltan comentarios picantes sobre sexualidad (la portada diseñada por el propio Groddeck representaba la silueta de un hombre que, sentado sobre el mundo, escruta con una lupa el pubis de una mujer que sostiene en la palma de la mano), fue publicada por el *International Psychanalytische Verlag*, la casa editorial del movimiento psicoanalítico. Esto provocó un alboroto real: el libro fue considerado obsceno, incluso pornográfico, de mal gusto y lejos de ser científico. Por otro lado, cierta fama de Groddeck siempre lo precedía. Incluso *El libro del Ello*, el verdadero resumen de su pensamiento, escrito en forma de un epistolario entre un analista llamado Patrick Troll y una mujer a quien expone su teoría y narra varios episodios biográficos, estimuló la prudencia de la época y en Inglaterra salió en una edición confidencial...

Contrariamente a Freud, que hablaba de sexo pero en términos tan racionales como para congelar a cualquiera que imaginara algún tipo de obscenidad, Groddeck siempre evitó cualquier tratamiento científico. Sus obras son pobres en datos objetivos, pero ricas en poesía. Expresaba su creatividad también en la actividad clínica: para los pacientes de su clínica, no solo dio conferencias sobre psicoanálisis, sino que, desde 1925, también publicó una revista, *Die Arche (L'arca)*, en la que publicó una gran cantidad de artículos sobre este mismo tema. Su actividad volcánica quizás fue también el origen del ataque al corazón que en 1930 hipotecó seriamente su salud.

Sin embargo, eso no le impidió continuar trabajando duro, ni tampoco “vivir” su Ello completamente. En 1934 tuvo un segundo ataque. En ese momento, Hitler ya había implementado su política antisemita; Groddeck, quien no estaba de acuerdo, simplemente, no tuvo mejor idea que escribirle a Hitler expresando su protesta vibrante. Hitler naturalmente ordenó su arresto. Tuvo que refugiarse en Suiza, 15 días después de su segundo ataque al corazón. No obstante, tuvo tiempo para celebrar una conferencia en Zúrich en la Sociedad Psicoanalítica. Luego ingresó en la clínica Kronau, donde murió el 10 de junio de 1934 a la edad de sesenta y siete años.

Con su trabajo, Groddeck había inventado la psicósomática clínica. Ahora que este campo se está expandiendo, uno no puede dejar de sorprenderse ante algunas de sus intuiciones. Sin duda, se “releen” en una clave científica, tal vez traducida, pero siguen siendo auténticas revelaciones. Sin embargo, sobre todo, su grandeza debe encontrarse en su concepción “holística” de la salud y la enfermedad, en su visión de la relación inseparable entre la mente y el cuerpo. Para Groddeck, el hombre es una mónada, en la que lo físico y lo psíquico son dos aspectos de la misma realidad misteriosa. Fue un “sabio paradójico”, como lo llamó Keyserling (que fue curado por él de una flebitis) y al mismo tiempo un romántico, heredero de von Hartmann y de Novalis, con su concepción casi nietzscheana de una fuerza inconsciente, que no tiene límites a su propia posibilidad expresiva. Al mismo tiempo, su obra, tan llena de intuiciones e injustamente olvidada, proporciona una filosofía práctica que una medicina auténticamente terapéutica hace más fácil comprender ese misterioso salto de la mente al cuerpo que aún continúa fascinando a la investigación científica.

Publicado en versión electrónica por:

<https://www.mokazine.com/read/antomagio/groddeck-nel-corpo-i-simboli-dell-anima>

Volver a Bibliografía Georg Groddeck
Volver a Newsletter-10-ALSF